

un una mesa; esta es la rueca. Con un pequeño gancho hecho en forma de huso, se sacan los filamentos, se reúnen muchos de ellos, se hace dar vuelta al huso y se obtiene un hilo. Durante esta operación, el obrero tiene cuidado de mojar en aceite el índice y el pulgar; porque el hilo de amianto corta y desuella la piel, y con el aceite se suaviza el filamento y se hace más fácil para hilar. Ya obtenido el hilo, se siguen, para hacer con él el tejido, los mismos procedimientos usados para el cáñamo y el lino. La larga duración del trabajo y sobre todo la rareza del lino viviente, dan una idea de la riqueza de los romanos, que empleaban los tejidos de amianto, no solamente para camisas funerarias, sino también para ropa de mesa. 1 Para limpiar esta ropa de nueva especie, basta arrojarla al fuego; de él sale purificada de toda mancha y vuelve á su primer estado de brillo. Pero los tejidos de amianto son naturalmente secos, de suerte que la simple frotación basta para romperlos; se les conserva untándoles de aceite, y cuando se quiere hacer uso de ellos se les pasa por el fuego. Así es como la misma camisa funeraria podía servir largo tiempo en una misma familia. 2

Augusto, fué, pues, envuelto para ser reducido á cenizas, en este sudario incombustible; y luego fué depositado en un *loculus* del mausoleo imperial. Marcelo su sobrino y Germánico, el ídolo del pueblo, vinieron bien pronto á reunirsele. 3 Fue-

1 Inventum jam est quod ignibus non absumeretur; vivium (linum) id vocant, ardentisque in focus conviviorum ex eo vidimus mappas, sordibus exustis, splendentes igni magis quam posset aquis. Regunt inde funebres tunicæ, corporis favillam ab reliquo separant funere... Nuscitur, in desertis... assuescitque vivere ardendo, rarum inventu, difficile textu propter brevitatem... Ergo huic lino principatus in todo orbe.—*Plin.*, lib. XIX, c. 1.

2 Véase Ciamp., *Monim. Vet.* t. III, p. 220.

3 Tacit., *Annal.*, III.

ron seguidos de Octavia hermana de Augusto, de Druso y de los otros miembros de la familia reinante, con excepción de las dos Julias, una hija, y otra sobrina de Augusto, que fueron excluidas por orden del mismo Augusto. El último emperador que fué á tomar allí su lugar, fué Nerva, el año 98. Pero como lo hemos observado ya, ni el prestigio de aquellos grandes hombre, ni las rejas de bronce, ni las paredes de marmol, pudieron proteger el monumento imperial que hoy no es mas que una informe ruina; mientras que en los mismos lugares reinan gloriosos Pedro y Pablo en sus sepulcros que se han convertido en templos. Solo el cristianismo tiene el privilegio de dar inmortalidad hasta en la tumba.

16 DE ENERO.

Plaza del Pueblo.—Obelisco.—Santa María del Pueblo.—Naumaquia de Domiciano.—Triinidad de los Montes.

No lejos del mausoleo de Augusto está la plaza del Pueblo. Bajamos á ella á buena hora con el fin de volver á tomar el camino en el punto en que lo habíamos dejado ayer. Hermosos paseos, plantíos de verdes árboles, rodeaban la tumba de los Césares, y este eliseo romano estaba sembrado de monumentos fúnebres que pertenecían, en su mayor parte, á los libertos de la familia imperial. Además de los testimonios de la historia, tenemos en favor de este hecho un gran número de inscripciones tumulares halladas en el lugar. Solo referiré la siguiente:

D. M.

VLPIO. MARTIALI. AVGVSTI.
LIBERTO. A. MARMORIBUS.

«A los dioces Manes. A Ulpio Marcial, liberto de Augusto, conservador de los mármoles.»

Al cambiar de destino, no ha perdido la plaza del Pueblo nada de su belleza. Es vasta, circular y está rodeada de estatuas y de soberbios edificios. En el centro, se levanta el obelisco de Augusto con una magnífica fuente, cuyas aguas caen en un recipiente de granito. La circunferencia está cortada por las tres calles de *Babouino*, del *Corso* y de *Ripetta*, que prolongan el rayo visual hasta el centro de Roma, mientras que las bellas iglesias que forman el recinto de la plaza, hacen descansar en ellas la vista deslumbrada con tanta magnificencia y armonía. A la izquierda se dibujan los céspedes del *Pincius*, cortados por senderos en espiral; y á la derecha los verdes árboles que costean el Tíber. La puerta Flaminiana, con sus bajos relieves, completa el panorama. Esta plaza anuncia dignamente la ciudad de Roma á los viajeros que llegan de Francia ó de Alemania por el camino de Toscana. También, desde la antigüedad, la han elegido los emperadores, los papas, los cardenales y los príncipes soberanos, para hacer su entrada pública á la ciudad eterna. Vitelio entró á ella precedido de sus legiones victoriosas para venir en seguida á expirar miserablemente al pié del Capitolio; y Pio VII, de inmortal memoria, al volver de su destierro pasó por allí, acompañado de las bendiciones y de las lágrimas de un pueblo á quien él servía de modelo y de padre.

Nos aproximamos al obelisco para estudiarlo mejor; tiene setenta y cuatro piés de altura, sin comprender el pedestal en que descansa, ni la cruz magnífica con que está coronado. Después de la victoria de Actium y la conquista de Egipto, mandó Augusto trasladar á Roma este soberbio monolito; lo colocó en el *Circus maximus*

y lo dedicó al Sol. En 1589, lo retiró Sixto V de los escombros del Circo, lo mandó erijir en la plaza del Pueblo y lo consagró á la cruz, verdadero sol del mundo. El obelisco mismo refiere su historia y canta su nuevo destino. En el primer costado se lee:

IMP. CÆSAR. DIV. F.
AVGVSTVS.
PONTIFEX. MAXIMVS.
IMP. XII. COS. XI. TRIB. POT. XIV.
ÆGIPTO IN POTESTATEM
POPVLI ROMANI REDACTA
SOLI DONVM DEDIT.

«El emperador César, hijo del divino César, Augusto, soberano pontífice, emperador doce veces, cónsul once veces, tribuno catorce veces, habiendo sometido el Egipto al imperio del pueblo romano, ha ofrecido este dón al Sol.»

En el segundo costado:

SIXTUS. V. PONT. MAX.
OBELISCVM. HVNC.
A. CÆS. AVG. SOLI
IN CIRCO MAXIMO RITV
DICATUM IMPIO
MISERANDA RVINA
FRACTUM OBRVTVMQVE
ERVI TRANSFERRI
FORMÆ SVÆ REDDI
CRVCIQ. INVICTISS.
DEDICARI JVSSIT.
A. M. D. LXXXIX. PONT. IV.

Sixto V, soberano Pontífice, mandó desenterrar, trasladar, restaurar y dedicar á la cruz victoriosa, este obelisco sacrilegamente consagrado por Augusto al sol, en el gran Circo, y después miserablemente roto y sepultado bajo sus ruinas. Año 1589, cuarto de su pontificado.»

Haciendo alusión á la iglesia inmediata de Santa María del Pueblo, añade el obelisco:

ANTE SACRAM
ILLIVS ÆDEM
AVGVSTIOR
LÆTIORQVE SVRGO
CVIVS EX VTERO
VIAGINALI
AVG. IMPERANTE
SOL JVSTITLÆ
ESORTVS EST.

“Me levanto más santo y con más gozo delante del santuario de aquella de cuya seno virginal salió bajo el imperio de Augusto el Sol de la justicia.”

Penetrados de aquella poesía dos veces sublime por la materia y por la forma, quisimos honrar en su templo á la Virgen, tan cantada por el monolito egipcio. Y María parece merecer aquellos cantos y nuestros homenajes, sobre todo en aquel lugar, porque es bello contemplar el tipo augustó de la pureza y de la misericordia reinando sobre las ruinas de la tumba de Neron. “Cuando murió, dice Suetonio, sus nodrizas Egloga y Alejandria con Acté, le sepultaron en el sepulcro de la familia Domicia, que se vé desde el Campo de Marte, sobre la colina de los Jardines: 1” En este lugar tocado por las impuras senizas del parricida coronado, creció al cabo de los tiempos un nogal de un tamaño admirable. El copudo arbol llegó á ser el refugio de una nube de cuervos que desolaban aquella parte de Roma. Se recurrió á María; ella se apareció al papa Pascual II y les dijo que aquellos cuervos eran espíritus de tinieblas; le mandó que se cortara el árbol funesto (*albero malnat*), que se arrojara al viento las cenizas infames y que se edificase en aquel lugar un templo en honor suyo. La orden fué cumplida literalmente. En 1231, el papa Gregorio IV, rodeado de todo el pueblo y del Sacro Colegio, llevó con gran pompa á

1 Véase á Mazzolari, Landucci, Albreici.

Santa María del Pueblo la imagen milagrosa de la Virgen Santa, venerada hasta entónces en San Juan de Letran. De estos dos hechos, el primero está consignado en los anales de la historia 1, el segundo está grabado en los bajos relieves de estuco dorado que están á la derecha y á la izquierda del altar. Tres siglos más tarde, en 1578, se vió al papa Gregorio VIII ir allí en procesion con todo el clero, y descalzo, á pedir por intercesion de María, la terminacion de la peste de que estaba amenazada Roma, y con esto la peste desapareció. Estos títulos y otros muchos, justifican y explican la veneracion del pueblo romano hácia la *Madonna del Popolo*. ¡Hay necesidad de añadir que la Reina del cielo está aquí, como en los otros santuarios de Roma, rodeada de una numerosa corte de santos y de mártires? Basta nombrar á San Pedro, á San Pablo, San Andrés, San Estéban, San Lorenzo, San Hipólito, San Tiburcio, San Inocencio de la legion Tebana; á Santa Rufina, Santa Segunda, Santa Inés y Santa Faustina, cuyo cuerpo descansa en el altar de la Concepcion, en la capilla Cibo.

Costeando la base del monte *Pincius*, llegamos á la plaza de España adornada con la bella fuente llamada *Barcaccia*. Allí estaba, segun los arqueólogos, la famosa Naumáquia de Domiciano 2. Los señores del mundo pagano no hacian otra cosa mas que robar al Oriente y al Occidente para edificar en Roma baños y teatros; y es preciso decirlo, para pintar á la sociedad de la cual eran personificacion, hasta su popularidad y su cetro eran á este precio. Arriba de la plaza de España se desarrolla la soberbia escalera que con

1 Suet., in Dom., c. IV,

2 Reliquas Egloge et Alexandria nutrices cum Acte cuncubina gentili Domitiorum monumento condiderunt, quod prospicitur e campo Martio impositum colli Hortorium. In Ner. vers. fin.

17 DE ENERO.

Templo de Antonino.—Puente y castillo Sant-Angelo.—Anécdota sobre una cuadrilla de bandidos.—Santa María in Traspontina.—Columnas de San Pedro y de San Pablo.—Cúpula de San Pedro.—Palla (Bola).—Cementerio de los Peregrinos.

Monseñor de B... nos habia obtenido el permiso de subir á la cúpula de San Pedro y él mismo debia acompañarnos. El tiempo estaba como se desea cuando se quiere gozar del magnífico panorama de Roma y sus alrededores, considerado desde el punto culminante de la ciudad. Mas en vez de tomar la línea recta, bajamos al centro de la ciudad, á fin de visitar un monumento que habíamos visto ya veinte ocasiones sin estudiarlo. En la plaza di Pietra se encuentran los restos imponentes de un antiguo edificio. Once columnas muy majestuosas, de mármol blanco, acanaladas y de orden corintio, están todavía en pié y sostienen un magnífico entablonado de mármol. Las tres primeras pertenecen á un pórtico, porque el arquitrabe que las une es saliente por los dos lados; las otras ocho sostenian la bóveda de un templo ó de una basílica; en sus capiteles se apoya un arco alabeado que deja entrever la grandeza del edificio. ¿Cuál era este monumento? Unos pretenden que era el pórtico y el templo de Neptuno, edificado por Agrippa en memoria de las batallas navales ganadas por Augusto; pero la opinion más comun vé en él un templo de Antonino. Como quiera que sea, los soberanos Pontífices han puesto cuidado en conservar esta ruina, mandando levantar paredes que apoyan las columnas y la bóveda; de esto ha resultado un edificio vasto y regular, en el cual ha establecido Inocencio XII la *aduanca de tie-*

duce á la Trinidad de los Montes *de Monti* y á la academia de Francia; aquí estábamos totalmente dentro de casa. La bella iglesia de la Trinidad, con los edificios que la rodean, pertenece á nuestra patria. Nuestras señoras del *Sagrado-Corazon* dan allí á las jóvenes Romanas la educacion tan distinguida y tan cristiana que todo el mundo conoce. Despues de haber saludado el obelisco de Salústio, levantado delante de la iglesia por la magnificencia de Pio VI, entramos para ver el célebre *Descendimiento de la cruz* de Daniel Volterre. Es citado por Poussino como uno de los primeros cuadros de Roma y prueba todavía apesar de sencibles degradaciones, que el Poussino lo habia clasificado perfectamente bien. Se admira sobre todo el grupo de la Virgen Santa y de las santas mujeres, la cabeza de nuestro Señor que cae verdaderamente como cae la de un cuerpo muerto, *come corpo morto cade*, y aquel hombre subido en la escalera, tan lleno de animacion y tan maravillosamente dibujado.

La colina que recorriamos, así como el convento de las Carmelitas y Capuchinos, estaban ocupados en otro tiempo por los jardines de Lúculo, que llegaron á ser más tarde la posesion ¡de Mesalina! ¿Por qué admirarse de que para santificar el teatro de un deleite vergonzoso y de una opulencia dos veces escandalosa, haya establecido la Providencia en ese mismo lugar á los ángeles de la pureza y á los modelos vivientes de la pobreza voluntaria, quiero decir, á las vírgenes del Carmelo y á los hijos de San Francisco? Tierno contraste que el cristiano no puede ver sin admirarlo y bendecirlo.

rra. Allí es donde, al llegar á Roma, tendreis que hacer la primera estacion.

Llegamos á las nueve al puente de Sant-Angelo, en otro tiempo puente Elico. Sobre las pilastras están colocadas, á derecha é izquierda, ángeles de tamaño colosal, y cada uno tiene en la mano alguno de los instrumentos de la pasion. El pedestal de cada estatua tiene, á guisa de inscripcion, un verso del Evangelio, análogo al instrumento de suplicio que sirvió para consumir el deicidio. Esta composicion, algun tanto pretenciosa, es del inevitable caballero Bernino. A la cabeza del puente está el castillo de Sant-Angelo, magnífico mausoleo de Adriano. Este príncipe lo mandó construir con un lujo y una solidez capaces de eclipsar el mausoleo de Augusto y de desafiar á los siglos. ¹ El muelle forma una masa redonda, cuyo diámetro actual es de 188 piés. Todo el exterior estaba ántes revestido de losas de mármol de Paros, y la plataforma estaba adornada con estatuas de hombres, de caballos y de carros. Allí se ve hoy un pequeño oratorio dedicado á San Miguel y coronado con la estatua del Arcángel, metiendo su espada en la vaina, tal como se apareció á San Gregorio Magno, en los momentos de la terrible peste de Roma. La torre estaba protegida, como lo está hoy, por un recinto cuadrangular, y el espesor de los muros era tal, que apénas deja en el interior de la rotonda el lugar suficiente para una pequeña escalera. En este vacío estrecho estaba la urna que contenia las cenizas imperiales. Desde el templo de Honório, el muelle de Adriano fué una ciudadela. Ha conservado este destino, llegando á ser tambien una prision de Es-

¹ Sepultus est in ripa fluminis juxta pontem Ælium; illic sepulcrum conditum; jam enim Augusti monumentum repletum erat, nec quisquam amplius in eo sepeliebatur. — Dio, in Adrian.

tado y una prision criminal. Cuando nosotros le visitamos, se contaban en él muchos centenares de presidiarios.

Entre los cuartos superiores se nos enseñó el que habia ocupado recientemente el príncipe Luis Napoleon, hoy emperador de los franceses; así como otros prisioneros, él tambien habia grabado su nombre en la pared: "*Luis-José-Napoleon, jefe de escuadron, Octubre de 1836.*" ¡Singular destino de esta familia! Nacidos en los escalones del trono, todos sus miembros vivian hacia largo tiempo en destierro ó en cadenas.

Entre los prisioneros del Castillo de Sant-Angelo, habia uno que en otro tiempo excitaba vivamente la curiosidad de los viajeros. Este era Bernardone, el último que vivió de aquella banda de *malandrines* tan famosos en Italia á principios de nuestro siglo. ¹ Su historia merece ser conocida, y voy á referirla tal como la he sabido en Roma por un frances, testigo ocular de los acontecimientos. Una cuadrilla de bandidos, verdaderos tipos de ese género que tan frecuentemente describen los viajeros, se habia establecido en las montañas que separan el reino de Nápoles de los Estados pontificios. Se componia de cerca de treinta individuos resueltos y armados hasta los dientes, y formaba, bajo la direccion de un jefe absoluto, una tropa perfectamente disciplinada. Era tanto más temible cuanto que conocia hasta los últimos senderos, todas las avenidas y todas las cavernas de aquellas selvas casi inaccesibles. En vano se habia enviado en su persecucion escuadras de carabineros y aun tropas de línea; siempre se escapaba de todos los ataques, y el terror que inspiraba á las poblaciones iba siempre en aumento.

¹ Bernardone habia sido trasladado á Civita-Vecchia.

Para tener víveres, imponia contribuciones á las haciendas y á las aldeas. "Tal dia, á tal hora, decia el jefe á los habitantes, depositareis en tal lugar, tal cantidad de pan, de vino, de dinero, etc., y si no lo haceis, el fuego consumirá vuestras casas. Además, si os atreveis á tocar á nuestras mujeres y á nuestros hijos, ó á tomarlos en rehenes, debeis esperar sangrientas represalias." Este era el sistema de los bandidos españoles. Los campesinos, aterrados, suministraban dócilmente á sus enemigos los medios de seguir asolando el país. No se sabia ni cómo ni cuándo acabaria aquel azote, cuando un cura de la vecindad, anciano venerable, que tenia el pesar de contar entre los bandidos á muchos de sus feligreses, resolvió hacer una tentativa. Animado por el ejemplo de San Juan, que corrió, á pesar de su edad, en busca de un jóven ladrón, el buen pastor se decide á penetrar, con riesgo de su vida, hasta la guarida de los malhechores. Se encomienda á Dios, toma su baston y su breviario, y se encamina por la noche hácia la temible montaña. Con increíbles fatigas llega á lo más profundo de la selva al borde de una escarpada barranca. "¿Quién vive?" le grita una voz terrible que salia de la orilla opuesta.—Hijos míos, exclama el sacerdote, no vengo á haceros mal. Quiero vuestro bien; dejadme acercar; yo soy el cura de N.; estoy solo y sin armas. Debeis conocerme; entre vosotros hay muchos á quienes he bautizado y á quienes he tenido en mis rodillas."

Uno de los bandidos se desprende, mientras el otro, con la carabina en la mano, está con el sacerdote á cierta distancia. Llega la noticia al cuartel general; allí, unos quieren que se deje pasar al sacerdote, otros se oponen á ello. El jefe corta la cuestion y manda decir al anciano que puede venir; pero que quedará en rehenes, hasta que esté bien cierto de que su

expedicion no cubre algun lazo, y que pagará con su cabeza el menor mal que haga á la tropa. El sacerdote acepta con gusto, y escoltado por dos bandidos llega al cuartel general. Este era una especie de esplanada baja, estrecha, rodeada de una doble muralla, de árboles copudos y de rocas cavernosas. Los bandidos estaban sentados alrededor de una ancha hoguera casi apagada. Sus ennegrecidos rostros, sus largas barbas, sus feroces miradas, sus puñales, sus terribles carabinas, el desorden de un vivac mezclado á todo aquel aparato del bandido de los Abruzzos era de tal naturaleza, que haria temblar al hombre más intrépido. A este espectáculo el buen padre se puso á llorar. "¿Qué quereis? ¿qué habeis venido á hacer aquí? le pregunta el jefe. ¡Hijos míos, les dijo el anciano, yo soy vuestro padre, y he querido veros, para deciros cuán afligido estoy! ¡qué vida es la vuestra! ¿en qué estado está vuestra alma!... Mientras que vuestros padres y vuestras madres, vuestros amigos, toda Italia, y hasta el mundo entero se apresura á aprovecharse del año santo, haciendo penitencia, vosotros multiplicais vuestros pecados!... Hijos míos, ¿en qué pensais? ¿sereis los únicos que rehusareis el perdón que se os ofrece? ¿No estais cansados aún del crimen? Creedme, carísimos hijos, ya es tiempo de conteneros; he venido á buscaros para llevaros al redil."

A las palabras paternales del buen anciano, los bandidos se miran unos á otros admirados. El jefe rompe el silencio, y dice: "Si nos perdonan, dejaremos la vida que llevamos; pero ya sabemos lo que nos sucederá; así, si todo ha de ser morir, queremos mejor morir aquí que en el patíbulo.—Yo nada puedo prometeros, responde el sacerdote; nadie me ha enviado; pero si se os permitiera volver á entrar en la sociedad, ¿viviriais como buenos cristia-

nos?—¡No se nos concederá!—Iré á ver al Santo Padre, pediré gracias para vos otros y volveré; hijos míos, yo os ruego que reflexioneis; pensad en vuestra alma.» En seguida vendaron los ojos al sacerdote, y dos bandidos condujeron al anciano al pié de las montañas. Sin perder un instante se trasladó el buen anciano á Roma. Informa al Papa de lo que pasa; se reúne la Comisión de justicia y queda decidido que el sacerdote vuelva cerca de los ladrones y les prometa que sus vidas quedarán en salvo, pero en cuanto á lo demás, deberán acogerse á la clemencia del Santo Padre.

Vuelve á ponerse en marcha el anciano, llega á donde están los bandidos, y les participa la decisión del Soberano Pontífice. Les suplica que no pierdan esta ocasión, única de volver á entrar en buen camino. «Después de todo, hijos míos, les dijo, ¿no es mejor ser condenados aquí en la tierra á algunos años de prisión, que ser precipitados por toda la eternidad á las llamas del infierno?» ¡Oh admirable poder de la fe sobre las almas abandonadas! A estas palabras, los bandidos se dieron por vencidos. «Yo mismo os voy á acompañar,» les dijo el buen pastor. Pónese en marcha, y Roma vió un día á aquel venerable sacerdote pasar sus muros y atravesar sus calles, seguido de treinta bandidos, ayer terror de la Italia y hoy mansos como corderos. Se dirige luego al castillo Sant-Angelo; allí fueron juzgados aquellos bandidos y condenados, unos á prisión temporal y otros á prisión perpetua. Esto pasaba en 1825, en el año del gran Jubileo. Este acontecimiento, conocido por Roma entera, confirmó de nuevo la observancia que yo había tenido ocasión de hacer en Génova y en Florencia, á saber: que la Edad Média con su doble carácter de fe vigorosa y de pasiones temibles, rei-

na todavía en las poblaciones italianas. ¡Oh! sí; déseros la fe, y no desesperaremos de nada; con ella, hasta las piedras se convierten en hijos de Abraham 1.

A poca distancia del castillo de Sant-Angelo, se encuentra la bella iglesia de Santa María *in Traspontina*: entramos á ella para visitar dos monumentos del martirio de San Pedro y de San Pablo. A la izquierda, en las capillas laterales, están dos columnas de mármol blanco con vetas rojas, y que tienen de altura cerca de 5 piés. A ellas fueron atados los gloriosos apóstoles para sufrir la flagelación, que según las leyes romanas, precedían al suplicio de los esclavos y de los extranjeros. Se cree con fundamento que estas dos columnas estaban en el *Comitium* de que hemos hablado, en el Forum romano. En la primera se lee: *Hæc est columna ad quam ligatus fuit S. Petrus, flagellatus et verberatus, Nerone imperante.* «Esta es la columna á la cual fué atado San Pedro, azotado y golpeado, por orden de Nerón.» La segunda tiene la misma inscripción, con solo la diferencia del nombre del Apóstol: *Hæc est columna ad quam ligatus fuit S. Paulus, flagellatus et verberatus, Nerone imperante.* Esta era la cuarta vez por lo ménos, que el gran Apóstol sufría, á pesar de su calidad de ciudadano romano, el suplicio de la flagelación 2; tan cierto así es, que tratándose de los cristianos, se permitió siempre violar las leyes. Después de haber besado con amor aquellos monumentos venerables de nuestra fe, nos dirigimos hácia el Vaticano.

Es preciso subir á las galerías de la cúpula, para tener una débil idea del gigantesco monumento llamado San Pedro de Roma. Así es; las catorce estatuas de

1 Está referido un hecho semejante en la *vida del cardenal Baronio*, lib. III, c. 2. p. 134.

2 *Ter virgis casus sum* II. Cor., XI, 25. «Tres veces he sido azotado con varas.»

Nuestro Señor, de San Juan Bautista y de los doce Apóstoles que adornan la gran fachada de la iglesia, parecen, vistas desde la plaza, que son de un tamaño natural; os acercáis á ellas y os encontráis con que tienen diez y siete piés de altura! Las cumbres de la gran nave son como plataformas, y cree uno soñar al ver allí casas, una fuente, coches y no sé cuántas otras cosas de que no se puede dudar. En estas mansiones aéreas viven una parte de los *Pietrini*, es decir, obreros de todo género que se ocupan en la conservación del monumento; su número pasa de trescientos cincuenta. Por una magnífica rampa se llega á la primera galería de la cúpula, que está colocada inmediatamente arriba de las letras: *Tu es Petrus, etc.* El contorno interior de esta galería tiene 200 pasos, y las letras, que desde la nave parecen tener 6 pulgadas de altura, tienen en realidad 5 piés y medio. Estando ya en la segunda galería, se pueden admirar con toda comodidad los magníficos mosaicos cuya riqueza y cuyo brillo dan una idea de los resplandores de la Iglesia triunfante, representada en todas las paredes de la cúpula; la Iglesia militante aparece á su vez, cuando hundiendo las miradas hasta el ciprés de San Pedro, se hace memoria de que aquellas columnas, hechas con el bronce del Pantheon de Agrippa, están llenas con huesos de mártires. La base y la coronación del edificio ha encantado la vista; la impresión es completa. Desde allí se ve, no lejos de la tumba apostólica, el altar de los Santos Proceso y Martiniano, carceleros de San Pedro y de San Pablo en la prisión Mamertina; ¡y se comprende el espíritu de una religión que reúne en un mismo templo y tributa iguales honores á verdugos y á víctimas! En efecto; á los ojos de Dios, la sangre vertida por la fé borra todas las distinciones, borrando todos los pecados.

Continuando en subir, se llega por fin al paso que comunica la linterna con el interior de la bola: *hic opus, hic labor.* Delante de vosotros está suspendida verticalmente una estrecha y larga escalera de fierro, colocada en el centro de un tubo, que á ser más ancho, podría tomarse por la traqui-arteria de una ballea: Jonás no necesitó quitarse sus vestidos para penetrar á su prisión viviente; ménos favorecidos son los visitantes de la *Palla*. Todo aquel que pase de un cierto diámetro, tiene que entablar divorcio con su capa, su paletot y hasta con su levita; debe tenerse por feliz si la epidérmis, fuertemente oprimida, no deja ver después de la difícil ascension alguna solución de continuidad. Este espectáculo tragi-cómico se nos presentó. Uno de nuestros compañeros de peregrinación, *gentleman*, gentilhomme de ancho abdomen, se despoja de sus vestidos, detiene el resuello, se adelgaza lo más que era posible, é intenta el paso. ¡Insuficientes medidas! Detenido en la bella mitad de su carrera aérea, no puede ni avanzar ni retroceder. Cada cual se cree en el deber de desprenderle; unos le jalen de los piés, otros de los brazos, y á no ser por el honor de poder decir *he subido á la bola*, yo afirmo que él hubiera querido estar á cien leguas de lo que llamaba, con grandes carcajadas de risa universales, una horrible ratonera. Es preciso convenir en que semejante honor no es cualquiera cosa, puesto que allí se ven inscritos en placas de mármol los nombres de los personajes ilustres que han entrado á la *bola*; nosotros entramos á ella orgullosos. Calculando el espacio que ocupábamos, encontramos que la *bola* puede alojar, á todo rigor, treinta personas; además, como nosotros no éramos más que nueve, se comprenderá que estábamos muy cómodos. Me paré en la punta de los piés y apenas alcanzaba, con el índice extendido, á tocar

la parte superior de aquel cuarto de cobre donado. Cuando se ve uno sobre los aires á la altura de 424 piés; cuando se piensa en que sobre la cabeza está la cruz y en que un pedazo del árbol sagrado del Calvario domina todo aquel monumento que proclama la victoria del cristianismo y la profunda misericordia del Dios Salvador, el viajero cristiano entona involuntariamente el *Gloria in excelsis* y luego el *Credo*. Despues de Bethleem, la *Palla* de San Pedro de Roma es tal vez el lugar del mundo en donde este doble canto produce una impresion más viva y más satisfactoria.

El panorama verdaderamente magnífico de que gozábamos, nos presentaba otra compensacion. Entre los puntos curiosos del vasto cuadro, nuestras miradas se fijaron con avidez en el cementerio de los Peregrinos, que está situado á la izquierda de San Pedro, no léjos del Santo Oficio. Cuando se sepa de qué tierra está formado y cuál es su destino, se comprenderá cuán legítima era nuestra curiosidad. Judas, acosado por los remordimientos, despues de su traicion devolvió á los sacerdotes las treinta monedas, precio sacrílego de la sangre inocente. El Sanhedrin decidió que con ellas se comprara el campo de un alfarero para sepultar á los peregrinos: *In sepulturam peregrinorum*. Pues bien; ¡sí, Judíos deicidas, vosotros sereis profetas! La emperatriz Elena, al visitar los santos lugares, mandó trasladar á Roma la tierra del *Haceldama*; y para verificar hasta el fin de los siglos la palabra profética, la Iglesia mandó hacer con aquella tierra un cementerio reservado á los peregrinos, *in sepulturam peregrinorum*. 1

1 Fraudulenter principes sacerdotum cogitaverant et decreverant illius pecuniæ summam in vilissimæ et abjectissimæ rei usum expendere, in sepulturam scilicet militum aliorumque pauperum et ignobilium gentiliium; ut hac ratione Christi memoriam ad necem empti, et suam ipsorum impietatem emptione sepulturæ sepeli-

18 DE ENERO.

El Trastevere. —Puente Fabricio. —Isla de Tiber. —Puente Costio. —Recuerdos paganos. —Monumentos cristianos. —Martirio de Santa Cecilia; su tumba —Su cuarto de baño. —Mosaicos de la ábside y del coro. —Reliquias. —Vaso del Pórtico. —San Francisco a Ripa. —Cámara de San Francisco. —Claustro del convento.

Habíamos estudiado todos los cuarteles de Roma que están rodeados por el Tiber; nos faltaba visitar la region que se encuentra más allá del rio y que por esta razon se llama el Trastevere. Llegamos á él por el puente *De' Quattro-Capi*, ántes puente *Fabricio*. Fué edificado con madera en los primeros tiempos de la república y construido con piedra por Fabricio, *cuidador de caminos*, algun tiempo despues de la conjuracion de Catilina. La inscripcion colocada en el arco, no deja duda á este respecto:

L. FABRICIVS C.—F. OVR. VIAR. FACIVNDVM
COERAVIT. IDEMQUE PROBAVIT
Q. LEPIDVS. M.—F. M. LOLLIVS. M.—F. COS.
S. C. PROBAVERVNT.

rent Sed aliter Dei Providentia factum; ager quippe ille emptus æternum monumentum factus est sceleris ipsorum.—Novarim. in Math., c. XXVII.

Nam cum jussu imperatricis Helenæ, de hoc agro, quantum terræ plures naves capere poterant. Romam evectum, ac juxta montem Vaticanum in eum locum exoneratum sit, quem incolæ *Campum Sanctum* vocitant, licet cælum mutarit, eandem tamen retinere vim quotidiana experientia docet, Romanos enim respiciens, sola peregrinorum corpora ad sepulturam admittit: quorum etiam hic omnem carnis substantiam intra viginti quatuor horas prorsus consumit, ossibus tantum residuis.—Adrichom, *Descript. Jerosol.*; p. 173, n. 216. Vide etiam Brochardum, *Nicephorum, Bredembachium, Salignacum*, etc.—Sæpius Romæ vidi et visi *Campum Sanctum*, ac ita serem habere ab ipso loci parrocho ejusque asseclis et Romanis cæteris audivi.—Cornel. a Lapid. in XXVII Math., p. 618, n. 8.

Se le llamaba vulgarmente *De' Quattro-Capi*, de las Cuatro-Cabezas, á causa de una estatua de Jano de Cuatro-Frentes, que se ve á la entrada de la plaza. Este puente conduce á la isla del Tiber, tan célebre en la historia de Roma pagana y de Roma cristiana. Allí se levantaban el templo de Júpiter Lycaoniano y el templo más famoso de Esculapio. Roma, assolada por la peste, mandó embajadores á Epiro conforme con los oráculos sybilinos y con orden de traer al dios de Epidauro. Fué llevada á Roma una monstruosa serpiente y colocada en la isla del Tiber, en donde tuvo su templo, sus sacerdotes y sus altares. 1 Los enfermos iban en masa á pedirle salud; y los romanos, para no tomarse el trabajo de cuidar á sus esclavos viejos y enfermos, los mandaban con el pretendido dios á fin de que los curase. Este era un medio cómodo de desembarazarse de ellos. 2 En la isla del Tiber se encuentra una de aquellas bellas armonías que Roma presenta á cada paso al atento viajero. Desde luego, en el mismo lugar en donde los señores del mundo adoraban la antigua serpiente, hoy reina en su gloriosa tumba uno de los doce pescadores galileos que echaron por tierra la idolatría; allí se levanta la bella iglesia de San Bartolomé en la isla. En seguida, alrededor de los restos sagrados del Apóstol, en los edificios arruinados que alojaron á los sacerdotes de Esculapio, se extiende el hospicio de los hermanos de San Juan de Dios, tan queridos de los enfermos y de los pobres de Roma. No léjos del templo de Júpiter estaban el edículo de Fauno; luego la estatua de Simon el Mago, colocada en el número de los dioses del imperio. 3 Bajo Tiberio, la isla del Tiber, testigo de la

agonía de los esclavos abandonados, lo llegó á ser tambien de las angustias de las personas de distincion á quienes condenaba á muerte el capricho y la crueldad del feroz César; allí esperaban durante un mes entero, la ejecucion de sus sentencias. 1 A los paganos sucedieron nuestros padres en la fe, y una multitud de mártires purificaron con su sangre aquella tierra tantas veces mojada con ella. El antiguo puente Céstio une la isla del Tiber con el *Trastevere*. Este, que es el barrio Saint-Marceau y la calle *Mouffetard* de Roma, fué habitado largo tiempo por solo el pueblo y los judíos. 2 Augusto edificó en él un cuartel para los soldados de marina que pertenecian á la flota de Ravena; los que formaban parte de la flota de Mysena, tenían su alojamiento en la tercera region, cerca del monte Célio. Allí se encontraban los prados de Múcio Scévola, dado á él en recompensa por el pueblo romano; los campos de L. Quincio, y en fin, los cuatro campos de Cincinato. 3 ¿Cuál parte del Trastevere ocupaban aquellos lugares históricos? No se sabe. La opinion más comun coloca los primeros en las cercanías de Santa Cecilia y de San Francisco a Ripa. El cuartel transtiberino encierra todavía otros recuerdos de que hablaré en el orden en que se vayan presentando.

Entre los monumentos cristianos que llaman al viajero más allá del Tiber, es preciso poner desde luego la iglesia de Santa Cecilia. 4 Bajo el reinado de Alejandro Severo, vivia una jóven cristiana llamada Cecilia, más distinguida por su angélica virtud que por la nobleza de su origen y por el brillo de su belleza. Vale-

1 Sidon., lib. I. Hepist. 7.

2 Phil., *de Legat ad Caim*: Bar., *Annal.*, t. 1.

3 Cincinato arant quatuor sua jugera, etc.—Plin., lib. XVIII, c. III.

4 Santa Marria Nova.

1 Epitomat. Livii, lib. XXIX, c. IV.

2 Suet. *in Claud.*, c. XXV.3 Euseb., *Hist. eccl.*, lib. II, c. XII; Just. Apol. 1.